

Teoría de los marcos del discurso en los movimientos sociales

Framing Theory in Social Movements

Aquiles Chihu Amparan

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa
chaa@xanum.uam.mx

RESUMEN

En la literatura de los movimientos sociales existe un vacío respecto al estudio del lenguaje, las emociones y los aspectos simbólicos de la acción colectiva. La teoría de los marcos del discurso contribuye a subsanarlo, por ello se analizan los antecedentes teóricos de esta teoría, se interpretan sus principales conceptos y se proponen los de: *movimientos sociales como formas, fronteras, marco de género y marcos encarnados*, para el análisis del movimiento feminista; dado que, en tanto movimiento social es un actor colectivo que desafía el poder establecido, o incluso a la sociedad entera, con el objetivo de solucionar los problemas político-sociales, y efectuar un cambio que permita restaurar valores sociales perdidos. Los movimientos sociales buscan ganar las mentes, los corazones, y el apoyo de la población, pues es en la gente donde reside el poder, quienes preservarán el marco del *status quo* o lograrán el cambio social.

PALABRAS CLAVE

Marco de identidad; marco de injusticia; movimientos sociales como formas; fronteras; marco de género; marcos encarnados.

ABSTRACT

The literature of social movements is plagued by a vacuum concerning the study of language, emotion and the symbolic aspects of collective action. Framing theory contributes to filling it. Therefore, the theoretical antecedents of this theory are analyzed here and its main concepts are interpreted, while others are put forth: social movements as forms, frontiers, a gender framework and embodied frameworks, for analyzing the feminist movement. A social movement, it is a collective actor that challenges the establishment, or even society as a whole, in order to solve political-social problems and bring about a change aimed at restoring lost social values. The central purpose of social movements is to win over the minds, hearts and support of the population, for it is in the people that power ultimately resides, and it is they who will preserve the status quo framework or achieve social change.

KEYWORDS

Identity frameworks; injustice frameworks; social movements as forms; frontiers; gender frame; embodied frameworks.

INTRODUCCIÓN

El discurso constituye un proceso interactivo en el que los movimientos sociales, medios de comunicación y políticos se enfrentan en los escenarios políticos y sociales con la intención de persuadir al público de la legitimidad de sus concepciones del mundo.

¿Cuáles son las condiciones para que un movimiento social movilice a sus simpatizantes y se sostenga a lo largo del tiempo? Se trata de un proceso en el que confluyen varios factores, uno de ellos es la capacidad del movimiento para integrarse en una organización de redes, formales e informales, a través de las cuales pueda reproducirse y proveerse de los recursos materiales necesarios que lo sostengan a lo largo del tiempo e incorpore así nuevos simpatizantes para la causa. Pero los activistas no solo organizan la resistencia colectiva mediante la movilización para obtener recursos materiales y financieros, también requieren construir un discurso en torno a marcos interpretativos que funcionen como principio ordenador en la formación y consolidación de la acción colectiva.

Para lograr un cambio social, los movimientos sociales deben acumular consenso. La obtención del consenso conlleva el surgimiento de un cierto grado de conciencia. La aparición de un movimiento de protesta implica una transformación en conciencia en los ciudadanos. Este cambio se presenta de tres maneras: *a)* en primer lugar, el sistema o aquellos aspectos del sistema que la gente experimenta y percibe pierde legitimidad. Un gran número de hombres y mujeres que normalmente aceptaban la autoridad de sus gobernantes y la legitimidad de las instituciones, empiezan a creer que estos gobernantes y el orden de cosas son injustos y están errados; *b)* en segundo lugar, personas que piensan de una manera fatalista (y creen que el orden social es inevitable) comienzan a defender derechos que conllevan demandas de cambio; *c)* en tercer lugar, se presenta un nuevo sentido de eficacia; la gente común, que se consideraba indefensa, llegan a creer que tienen alguna capacidad para cambiar sus destinos (Piven y Cloward, 2012).

Los marcos para la acción colectiva implican la existencia de un sentimiento de eficacia colectiva y la negación de la inmutabilidad de alguna situación indeseable. La *agencia* se refiere a la conciencia de que es posible alterar las condiciones o las políticas a través de la acción colectiva. El tema de la agencia nos remite a la conciencia política, a lo que la gente *piensa* y *dice* sobre la política y, en particular, la participación en una acción colectiva; significa también que los actores llegan a comprender que son capaces de modificar las situaciones sociales a través de la acción colectiva; combina un sentido de la eficacia de la acción colectiva con una negativa a considerar que las situaciones

sociales son inmutables. Mediante la agencia los actores llegan a definirse a sí mismos como agentes de su propia historia. El concepto tiene sus orígenes en la teoría de la acción social del interaccionismo simbólico, presenta tres elementos básicos: a) el actor (que es la unidad actuante), b) la situación (donde actúa el actor) y, finalmente, c) un elemento mediador que vincula al actor con la situación: la interpretación de la situación.

A su vez, la interpretación se da mediante una secuencia de tres pasos:

1. El actor identifica aquellos objetos con los cuales la acción identifica los objetos presentes en la situación.
2. El actor evalúa esos objetos.
3. El actor toma una decisión sobre la base de esa evaluación.

Al respecto, las ideas de Goffman (1974) sobre los marcos nos ayudan en el análisis de la formación de la conciencia política. La obra del sociólogo nos permite esclarecer los procesos que subyacen en el concepto de hegemonía ideológica desarrollado por Gramsci. Esto es, en el sentido de comprender la forma en que los movimientos sociales, las élites políticas, los medios de comunicación, construyen marcos de los asuntos políticos y definen la realidad política y social. En la literatura de los movimientos sociales existe un vacío en relación al estudio del lenguaje, las emociones y los aspectos simbólicos de la acción colectiva. Considero que la teoría de los marcos del discurso contribuye a llenar ese vacío teórico. Con esta finalidad, se analiza esta perspectiva teórico-metodológica interdisciplinaria, tal y como desarrollé a lo largo de dos décadas (Chihu, 1999, 2002, 2006, 2007, 2010, 2013, 2014, 2016, 2018, 2021), en los escenarios en los que participan distintos actores políticos y sociales. Se interpretan los principales conceptos de esta teoría y se proponen los conceptos: *movimientos sociales como formas*, *fronteras*, *marco de género* y *marcos encarnados*, para el análisis del movimiento feminista.

MOVILIZACIÓN DE RECURSOS Y PROCESOS POLÍTICOS

El año de 1968 fue testigo de un movimiento estudiantil que se propagó por dieciocho países.¹ En México, el movimiento estudiantil enarbola el marco de las libertades democráticas. En Francia, las autoridades cierran la Universidad de Nanterre y La Sorbona. Los estudiantes responden ocupando La Sorbona y

1 España, Bélgica, Argelia, Italia, Inglaterra, Venezuela, Alemania, Colombia, Francia, Brasil, México, Sudáfrica, Estados Unidos, Uruguay, Japón, India, Checoslovaquia, Portugal y Egipto.

el Odeón, constituyéndose en asamblea permanente revolucionaria. El 17 de mayo se declara en París la huelga general, como protesta contra el gobierno. En Bélgica, en la Universidad de Lovaina, 3,000 estudiantes se enfrentan con la policía y después levantan barricadas en la Universidad Libre de Bruselas enfrentando a la policía en Amberes, Ostende, Bruselas y Lovaina. En Italia se dan luchas callejeras entre policías y estudiantes en Roma y en Turín. En Londres se presenta una violenta manifestación estudiantil en contra de los Estados Unidos. En los Estados Unidos la Universidad de Berkeley es declarada en estado de desastre civil al cabo de tres días de disturbios estudiantiles.

Los movimientos del 68 pusieron a prueba los paradigmas dominantes de interpretación del conflicto social. La teoría de la movilización de recursos (McCarthy y Zald, 1977) surgió en oposición a la teoría del comportamiento colectivo. Al destacar la importancia del estudio de los recursos que utilizan los movimientos sociales, esta perspectiva desplazó al enfoque del comportamiento colectivo con un modelo de conciencia política y social que analiza los individuos como actores racionales. El estudio de la acción colectiva como resultado de procesos de decisión racional generados por actores con metas y medios, le permitió al enfoque de la movilización de recursos indagar cómo los grupos organizan la protesta, el papel de las organizaciones de los movimientos sociales y sus tareas para obtener los recursos materiales y humanos necesarios para el sostenimiento del movimiento. No obstante, es necesario destacar, como señaló Cohen, la crítica a la escuela del comportamiento colectivo, arrojó al niño con el agua sucia de la bañera al excluir el análisis de los valores, normas, ideologías, cultura e identidad (Cohen, 1985: 688).

Por su parte, la teoría de los procesos políticos se enfocó en la relación entre actores políticos institucionales y la protesta, y propuso como concepto central el de *estructura de las oportunidades políticas* (McAdam, 1982). Esta estructura está compuesta por diferentes variables: a) el grado de apertura o de cierre del acceso político formal; b) el grado de estabilidad o inestabilidad de los alineamientos políticos; c) la disponibilidad y la postura estratégica de los aliados potenciales; d) los conflictos políticos al interior de las élites y e) la liberación cognitiva.

NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

En contraste con los enfoques estructurales centrados en el cierre o la apertura de las oportunidades políticas en las élites, o los recursos materiales con los que cuentan los movimientos sociales, la teoría de los nuevos movimientos sociales vino a llamar la atención sobre la importancia de la identidad y la ideología en la movilización social. En Europa, la teoría de los nuevos movimientos sociales

(Touraine, 1977; Offe, 1985; Melucci, 1989) surge como una respuesta ante la incapacidad del marxismo tradicional para explicar la naturaleza de acciones colectivas tales como la del movimiento estudiantil del 68. De acuerdo con el marxismo ortodoxo, la única acción política significativa es aquella que surge de la lógica de la base económica; es decir, de las relaciones de producción capitalistas en donde se localizan las contradicciones de clase antagónicas. Como consecuencia de esa tesis se afirma que las únicas identidades políticas significativas son aquellas que se forman a partir de las relaciones de producción capitalistas: las identidades de clase surgidas entre proletarios y burgueses. Los teóricos de los nuevos movimientos sociales se proponen el estudio de la acción colectiva como producto de una lógica distinta a la de la estructura económica: en términos de lo cultural, las relaciones étnicas, las relaciones de géneros, las relaciones con la naturaleza. En consecuencia, las fuentes de identidad colectiva se pueden formar sobre una base diferente a la de la pertenencia de clase. Los nuevos movimientos sociales comprenden a actores sociales movilizados por el feminismo, el pacifismo, la defensa de los derechos humanos, las comunidades eclesiales de base, las ONG, los grupos étnicos y los nuevos movimientos religiosos. De acuerdo con las opiniones de la mayoría de los estudiosos, los objetivos de estos movimientos tienden más hacia la cultura y la sociedad civil que hacia la política, el Estado o la economía. Este tipo de acciones colectivas no apuntan directamente al sistema político, más bien tratan de constituir una identidad que les permita actuar sobre sí mismos y sobre la sociedad (producir la sociedad). La búsqueda de identidad, tan característica de los movimientos sociales, denota que la meta principal de estos movimientos consiste en dotar de un sentido a las relaciones sociales que forman la sociedad.

IDENTIDADES COLECTIVAS

En la teoría de los nuevos movimientos sociales, uno de los supuestos teóricos básicos reside en que los movimientos sociales contemporáneos no se guían por el modelo estratégico de acción social, se guían por un modelo expresivo de acción social, en donde lo que se busca no son recursos materiales o poder, sino identidad, autonomía y reconocimiento. De acuerdo a Jean Cohen, lo que caracteriza a los nuevos movimientos sociales es su capacidad de volverse conscientes respecto a la reflexividad que supone la construcción de identidades. Los nuevos movimientos sociales son conscientes de que la identidad es un proceso que implica una disputa sobre la reinterpretación de normas, la creación de nuevos significados, y un desafío a la construcción social de los límites entre los dominios de acción públicos, privados y políticos (Cohen, 1985).

El análisis de la identidad colectiva en el estudio de los movimientos sociales trata de interrogar sobre los aspectos procesuales mediante los cuales llega a constituirse un movimiento social y permanecer en el tiempo: ¿cómo los actores sociales llegan a formar parte de una colectividad y a reconocerse a sí mismos como parte de ella?

La acción colectiva es el resultado de un proceso que combina tres tipos de elementos: a) propósitos u orientaciones de los actores sociales; b) recursos que se encuentran en el campo de acción y que son utilizados por los actores para implementar esos propósitos, y c) límites en términos de un campo de oportunidades que se les presentan a los actores sociales.

La coherencia entre las distintas orientaciones que involucra la acción colectiva puede definirse como la unidad de un sistema de acción. Con la finalidad de llevar a cabo una acción colectiva, los actores buscan la creación de esa unidad.

Al proceso mediante el cual los actores producen la unidad de un sistema de acción es a lo que Melucci denomina identidad colectiva. La identidad colectiva sería entonces una identificación interactiva y compartida producida por individuos o grupos, y que se refiere a las orientaciones de la acción y al campo de oportunidades en el cual tiene lugar la acción (Melucci, 1995: 44).

IDEOLOGÍA

En opinión de Alan Touraine (1995) la ideología de un movimiento se constituye por tres componentes:

1. *La definición que hace el actor de sí mismo.* Con el propósito de identificar al actor del movimiento social Touraine (1995) propone tres criterios analíticos. En primera instancia, el principio de identidad por medio del cual el actor da una definición de sí mismo. Sin esta definición, el movimiento social permanecería en su estado potencial. El movimiento social no puede organizarse a sí mismo si no produce una definición conciente de sí mismo. Esta conciencia del principio de identidad es crucial, mediante este término Touraine quiere señalar que la identidad de un actor colectivo no coincide de manera directa con una categoría social específica; es decir, la identidad de un movimiento social tiene que establecerse en la práctica misma, en el conflicto mismo.
2. *La identificación del adversario.* En segunda instancia, el principio de oposición por medio del cual el actor puede dar una definición de aquello a lo que se enfrenta, a lo cual se afirma la identidad. Tanto el principio

de identidad, como el principio de oposición aparecen en el seno de un conflicto social. La presencia de las desigualdades sociales posibilita el surgimiento de conflictos en las sociedades modernas. En torno a esos conflictos surgen actores que reclaman una identidad y definen aquellas fuerzas que, o bien les impiden constituir plenamente su identidad, o bien, tratan de minarla.

3. *Una definición de los fines, de las metas o los objetivos de la lucha.* En tercera instancia, el principio que ayuda a identificar al actor de los movimientos sociales es el de totalidad. Los movimientos sociales se orientan hacia la totalidad del sistema de acción histórica. Si bien el conflicto puede aparecer en uno de los ámbitos del este sistema, el movimiento social tiende a cuestionar los modelos culturales que orientan el sistema de acción histórica en su totalidad.

MARCOS DE DIAGNÓSTICO, PRONÓSTICO Y MOTIVOS

En Estados Unidos, el concepto de *esquema de interpretación* o *marco* ha sido tomado de la obra de Goffman (1974) para designar esquemas de interpretación que permiten a los individuos ubicar, percibir, identificar y clasificar los acontecimientos ocurridos dentro de su espacio vital y en el mundo en general. David Snow y colaboradores señalan que el alineamiento de marcos (*frame alignment*) es una condición necesaria para que se produzca la participación en un movimiento, cualquiera que sea su naturaleza o su intensidad. A partir de este concepto, los sociólogos norteamericanos se proponen explicar el proceso que motiva a los individuos a participar en un movimiento social. Estos autores consideran que la motivación a la participación requiere de la presencia mediadora de procesos subjetivos de interpretación. El concepto de *alineamiento de marco* es definido como

un vínculo entre las orientaciones de los individuos y las orientaciones interpretativas de las organizaciones de los movimientos sociales, de tal modo que un conjunto de intereses, valores y convicciones de los individuos sea congruente y complementario con las actividades, metas e ideología de las organizaciones de los movimientos sociales (Snow *et al.*, 2006: 32).

Así, David Snow y colaboradores han definido tres marcos expuestos en las siguientes líneas:

Los marcos de diagnóstico. ¿Qué está mal?

Estos marcos consideran que una condición o evento social problemático necesita ser modificado. El marco de diagnóstico involucra la identificación de un problema y la atribución de culpa o causalidad (Snow y Benford, 2006: 88). El marco de diagnóstico designa a los agentes culpables a los cuales se les atribuyen rasgos y motivos por los que se puede argumentar su culpabilidad.

Los marcos de pronóstico. ¿Cuál es el remedio?

Estos marcos proponen una solución para un problema; no solo sugieren soluciones al problema, sino que también identifican las estrategias, las tácticas y los objetivos (Snow y Benford, 2006: 90). Existe una gran afinidad entre el marco de diagnóstico y el de pronóstico, en el sentido de que el tipo de estrategias, tácticas y objetivos o blancos propuestos por el marco de pronóstico son consecuentes con el diagnóstico. Los marcos de pronóstico consisten en planes para la solución de la situación problemática, definiendo las acciones que han de ser llevadas a cabo, y también definiendo *quién* las ha realizado.

Los marcos de motivos. ¿Por qué es necesaria la movilización?

Estos marcos proponen motivos para que los actores se comprometan a participar en la acción correctiva. Ni la identificación de un problema y los responsables de este, ni la propuesta de medidas concretas para su solución, por sí mismas, son suficientes para provocar la participación de los actores en un movimiento social. Hace falta construir motivos para alentar esa participación a través de los marcos de movilización. Los marcos de motivos consisten en vocabularios capaces de formular adecuadamente las razones de la lucha, de tal suerte que resulten imperativas y un motivo de peso por el cual los individuos han de participar en el movimiento social (Snow y Benford, 2006: 92).

MARCO DE IDENTIDAD

Hunt y colaboradores (2006) acuñan el concepto de *campos de identidad*, no obstante, prefiero utilizar el concepto de *marco de identidad*. El proceso de enmarcado (*framing process*) de todo movimiento social constituye una continua construcción de identidades. Durante tal proceso, los líderes y activistas analizan y definen a los actores relevantes en la arena política, otorgándoles así una identidad. Cuando esto se está realizando, un marco de diagnóstico constituye un paso en esta etapa. En efecto, el marco de diagnóstico cumple con la función de atribuir la culpa de una situación problemática a actores específicos, y con ello construye la identidad del protagonista y del antagonista.

Se pueden distinguir tres conjuntos de identidades o campos de identidad que son el resultado del *framing*. Uno, los individuos y colectividades definidas como protagonistas, ya sea porque simpatizan con los valores, creencias, metas y prácticas del movimiento o bien, porque resulten beneficiados por él. Se llama *campo de identidad protagonista* a la constelación de atribuciones que identifican a individuos o colectividades consideradas simpatizantes del movimiento. Entre estas atribuciones se encuentran la personificación de los rasgos más positivos del movimiento en individuos específicos (héroes y heroínas) así como la utilización de marcadores colectivos de identidad para definir los rasgos del sector poblacional al que se representa. Otro campo de identidad lo forman los antagonistas, que son las personas o colectividades opuestas a los valores, creencias, metas y prácticas del movimiento o que pueden ser dañados por la acción de este. El campo de identidad antagonista se constituye por la constelación de atribuciones que caracterizan a los oponentes del movimiento social, como puede ser el caso de instituciones hostiles o enemigos públicos. Los líderes y activistas de los movimientos sociales construyen identidades antagónicas al señalar a quienes poseen creencias, valores y prácticas opuestos a las causas de los protagonistas. Las atribuciones que se otorgan a los antagonistas consisten muchas veces en imprimir juicios que cuestionan sus prácticas morales.

El tercer campo de identidad son las constelaciones de atribuciones que identifican a quienes solo son observadores neutrales o no comprometidos en el contexto de la acción colectiva, pero que pueden reaccionar favorablemente al discurso del movimiento social: la audiencia. El *framing* de la audiencia es importante para los activistas del movimiento, porque a través de él pueden identificar qué tipo de marcos permiten mayor resonancia en aliados potenciales.

MARCO DE INJUSTICIA

De acuerdo con Gamson (1995) un marco posee una función movilizadora si logra definir una injusticia que puede ser remediada a través de la acción colectiva. Un marco de injusticia se refiere a la indignación moral expresada como la conciencia política con relación a algo injusto. Los marcos de injusticia construyen una interpretación de la situación mediante la producción de un juicio moral que involucra una serie de creencias con respecto a los actos o condiciones que producen la situación de sufrimiento que se quiere desaparecer. Este componente emocional de los marcos de injusticia se incrementa en la medida en que se personaliza el agente causal que produce la situación.

Todo movimiento importante se apoya y promueve en algún tipo de revisión normativa. La forma más importante de revisión normativa que pueden

traer consigo los movimientos sociales consiste en la producción de nuevos sentidos de lo que es justo e injusto dentro de una sociedad. El sentido de injusticia no equivale a la concepción de un problema y los intentos por solucionarlo. Más bien, el sentido de injusticia se relaciona con el modo en que un problema es percibido. De manera general, se puede decir que un problema social puede ser percibido ya sea como un infortunio o como un estado de injusticia. Es claro que no es el contenido mismo del problema lo que determina una u otra percepción. La diferencia entre infortunio e injusticia estriba, en cierto modo, en una forma de concebir al actor mismo y a sus relaciones con las autoridades. Así, por ejemplo, la concepción de un problema como infortunio produce una relación específica entre las víctimas del problema y los centros de autoridad en la sociedad que se concreta en el mecanismo de la petición: una *petición* consiste en el pedido de ayuda hacia los centros que poseen el poder social, quedando en manos de estos la posibilidad de otorgarla o no y, por tanto, ello supone que las víctimas no tienen una concepción activa de sí mismas, pues consideran que son las instituciones las únicas que pueden solucionar los problemas. En cambio, la percepción de un problema como injusticia hace que las relaciones entre las víctimas y las autoridades estén mediadas por la demanda: una demanda es una petición pero acerca de la cual las víctimas se aseguran (mediante su movilización) que será satisfecha; en este caso las víctimas del problema se perciben a sí mismas como agentes activos que tienen en sus manos —al menos en cierta medida— la solución del problema.

Los antecedentes teóricos de la concepción del marco de injusticia se encuentran en el concepto de sentido de injusticia de Turner y Killiam (1957), para quienes un rasgo inherente a todo movimiento social consiste en que el comportamiento colectivo se encuentra asociado con una transformación normativa. En la construcción de su concepto de *sentido de injusticia*, estos autores parten de un análisis de la corriente del comportamiento de masas o de multitudes (*crowd behavior*) en la que existían dos enfoques tradicionales: el enfoque del contagio y el enfoque de la convergencia. Ambas perspectivas señalan que la característica más sobresaliente de las multitudes es su unanimidad, es decir, la existencia unánime, entre los miembros de la multitud, de unos mismos sentimientos, un mismo imaginario y un mismo propósito de acción. Según el enfoque del contagio ello ocurría así debido a que entre los miembros de la multitud persistía una misma susceptibilidad a la sugestión, mientras que el enfoque de la convergencia sostenía que entre los miembros de la multitud existían unas mismas predisposiciones. Turner y Killiam opinan que en las multitudes no existe siempre una unanimidad, sino expresiones diferenciales, con diferentes individuos, dentro de la multitud, sintiendo de

manera diferente, participando por diferentes motivos e incluso actuando de manera diferente.

En la opinión de estos autores, en las multitudes lo que es común es el desarrollo de una norma compartida. El hecho de que los participantes en una multitud posean una comprensión compartida de la situación alienta a que el comportamiento sea consistente con la norma, inhibe el comportamiento que sea contrario a ella y justifica las acciones restrictivas en contra de los individuos disidentes.

La norma es un marco, constructo cultural y simbólico, una norma hace referencia a una comprensión subjetiva compartida por muchos individuos con respecto a una misma situación. Ese entendimiento no únicamente consiste en una interpretación de la situación, sino en una interpretación que tiene efectos sociales en la medida en que impone ciertas restricciones sobre la conducta. Así, la unanimidad lograda por el comportamiento colectivo es producto de procesos culturales que involucran el manejo de recursos simbólicos.

De acuerdo con Turner y Killiam, el comportamiento de la multitud se hace posible por la emergencia de una regla o norma especial que proporciona tanto el permiso como la obligación para entrar en el curso de una acción inusual dentro de una situación determinada. Los movimientos sociales, como un tipo especial de comportamiento colectivo, también se apoyan en la generación de nuevas normas. Pero estas han de tener efecto por un largo periodo de tiempo y causar efectos en el campo de las reformas sociales. Es decir, la diferencia crucial entre las normas que surgen en los comportamientos de multitudes y en los movimientos sociales, consiste en que mientras en los primeros la norma se dirige, de manera preponderante a efectuar un control social al interior de la colectividad, en los segundos, la norma se dirige no solo a controlar el comportamiento al interior de la colectividad, sino que aspira a controlar el comportamiento en la sociedad o en el grupo mayor dentro del cual está contenida la colectividad. Por ello, en los movimientos sociales las normas generadas derivan del sentimiento de que en la sociedad dentro de la cual se genera el movimiento existe una práctica o un modo de pensamiento que está fundamentalmente equivocado y que necesita ser reemplazado.

El elemento común en las normas es la convicción de que existen condiciones sociales son injustas. La norma que gana en importancia, que es impuesta sobre los miembros del movimiento y que el movimiento busca imponer sobre la sociedad en general, es la que se refiere a aquello que hasta ahora había sido aceptado como una condición natural, ahora debe ser vista como injusta.

El sentido de lo que es justo e injusto es un marco (*frame*), una variable cultural, no un estado de la realidad social. Los movimientos pueden realizar

una definición de lo que es injusto mediante la generación de una norma, lo cual supone que, por parte del movimiento social existe una manipulación de recursos culturales o simbólicos para acceder a esa norma. Una vez que esta norma queda establecida, quienes la comparten la asumen como autoevidente, y esa evidencia es lo que da su especificidad al sentido de injusticia desarrollado al interior de los movimientos sociales.

La norma como modelo cultural emergente madura y cristaliza con el desarrollo del movimiento y es difundida a través del público simpatizante con el movimiento. En consecuencia, el marco más importante y duradero de un movimiento social consiste en el repudio de una concepción de justicia prevalente en la sociedad, y en el establecimiento de una nueva concepción de la justicia dentro de la sociedad. Cuando la concepción de injusticia sostenida por el movimiento se difunde en la sociedad en general, contribuye a crear un clima cultural dentro del cual, posteriormente se genera la suficiente presión para que se implementen reformas sociales.

MOVIMIENTOS SOCIALES COMO FORMAS

En el análisis de los movimientos sociales, Melucci (1985) considera que es necesario cambiar de un enfoque instrumentalista, en donde se privilegia el análisis de la influencia para modernizar las instituciones y lograr cambios en la instrumentación de políticas públicas, para pasar a un enfoque en el que se ponga atención, en las formas que asume la acción colectiva. Son estas formas, en sí mismas, su desarrollo y mantenimiento, lo que constituye el objetivo mismo de la acción colectiva, en la medida en que los movimientos sociales actualmente asumen la forma de redes de solidaridad, que contienen, dentro de sí significados culturales, una concepción del mundo, y una forma posible de estilo de vida.

Por lo tanto, el conflicto antagónico para Melucci no se ubica necesariamente a nivel económico, ni involucra a actores definidos, primariamente, por su situación en las relaciones de producción económica. El conflicto antagónico se sitúa en cualquier nivel de la vida social, en donde a los actores sociales les es negada su capacidad de producir significados culturales acerca de los fines de la producción social. Es decir, el conflicto antagónico aparece cuando a los individuos y a los grupos sociales les es negada la posibilidad de construir autónomamente una identidad y el sentido de su vida. Según Melucci, los movimientos sociales tienen características prepolíticas y metapolíticas.; son prepolíticos en el sentido de que los movimientos sociales no se preocupan tanto por conseguir posiciones dentro del sistema política, como por cambiar aspectos de

la vida social cotidiana. Por otra parte, son metapolíticos en el sentido de que hacen emerger cuestiones para las cuales no existe una respuesta basada en la negociación política, sino que exige una respuesta basada en principios.

Los movimientos sociales que surgieron en los años 70 y 80 constituyen la transición de los movimientos sociales de ser actores políticos a ser formas. Para Melucci los movimientos del siglo XIX se componían al mismo tiempo de tres clases de actores: actores políticos, actores de clase, y actores sociales. Ello implicó que para conseguir sus metas sociales (en términos de cambios en la vida cotidiana, por ejemplo) los movimientos sociales tenían que ejercer una influencia directa sobre el sistema político. En este sentido el objetivo de los movimientos sociales del siglo XIX era siempre el Estado. En cambio, en los contemporáneos, la dimensión social y la dimensión política tienden a separarse. Existen, por un lado, actores que luchan concretamente por las reformas políticas, por abrir las fronteras de la participación política, y por redefinir las reglas del sistema político, sobre todo a través de los partidos políticos. Y por otro lado, existen, actores que luchan por cuestiones culturales, no políticas. Sin embargo, al problematizarlas, los movimientos sociales convierten tales cuestiones en asuntos políticos. Es en este sentido en que se puede hablar de los movimientos sociales como formas: mediante su acción los movimientos sociales cuestionan las formas de organización de la política en una sociedad, puesto que tienden a ocultar zonas problemáticas de la vida social.

El comportamiento de los movimientos sociales como formas tenderá a incrementarse en el futuro cercano en la medida en que en los diferentes Estados nacionales existen cuestiones políticas que los actores políticos solo pueden enfrentar incorporando elementos (organizativos o discursivos) de los movimientos sociales. El modelo tradicional de análisis de la acción colectiva correspondía a la naturaleza histórica de los actores tradicionales. El modelo de acción colectiva en las sociedades complejas ha cambiado debido a que las dimensiones sociales y políticas de los conflictos han cambiado. Los conflictos sociales y políticos se han modificado en lo que corresponde a formas de acción y actores. Las luchas feministas constituyen un ejemplo claro de cómo un movimiento combina una demanda política (la inclusión y los derechos de una categoría social excluida) con una lucha social (la afirmación de una diferencia: la femenina, que desafía la lógica patriarcal del sistema). El movimiento feminista ha evidenciado el surgimiento de un nuevo tipo de conflicto social y político. Las mujeres han construido nuevos marcos y definiciones de identidad. Este movimiento revela un conflicto en relación a los códigos y lenguajes que norman los principios de las relaciones sociales. En este sentido, el conflicto se desarrolla fundamentalmente sobre un terreno simbólico, un desafío a los

códigos dominantes. Esta lucha busca desenmascarar los códigos dominantes (Melucci, 1999: 164).

El movimiento feminista es un movimiento forma. Este movimiento es contracultural, enarbola normas y valores opuestos a las ideas, creencias y prácticas sociales de la cultura dominante en la sociedad; el movimiento feminista representa un desafío cultural, más que político, que busca un estilo de vida alternativo. Este movimiento, formado a través de una serie acciones colectivas, también ha influido en otros movimientos como el de la paz, el medio ambiente, los derechos reproductivos, el LGBTTTIQ.

El feminismo lucha por una nueva concepción del mundo y de la vida, es una comunidad afectiva que busca una educación sentimental. Se trata de un movimiento que emplea las emociones como repertorios de acción colectiva. Estos repertorios, acompañados de un vocabulario de sentimientos, buscan tanto una liberación cognitiva, ideológica, a la vez que la construcción de nuevas identidades. Mediante la identificación de marcos cognitivos, y símbolos encarnados, mi modelo de los marcos del discurso público permite captar los aspectos culturales, emotivos, ideológicos y simbólicos de nuevos movimientos sociales como el feminismo.

FRONTERAS

Uno de los temas principales a resolver el estudio de los movimientos sociales, es el de la relación de causalidad entre la conciencia de grupo y el surgimiento de la acción colectiva. Es decir, cómo los factores políticos externos se transforman en experiencias subjetivas de descontento, y cómo esas experiencias interiorizadas se transforman, a su vez en identidades de grupo politizadas.

La teoría de los nuevos movimientos sociales ofrece un punto de partida analítico para este problema, con el concepto de identidad colectiva (Touraine, Melucci). En esta perspectiva, la identidad colectiva es entendida como la definición compartida de un grupo que se deriva de los intereses, experiencias y solidaridad común entre los miembros del grupo.

Lo que se quiere indicar con el concepto de identidad colectiva, es que los actores políticos y sociales no son un producto simplemente del lugar que ocupan en la estructura social. Por el contrario, estos actores se crean en el curso de la actividad del movimiento social. Existen tres elementos de la identidad colectiva: Los individuos se ven a sí mismos como parte de un grupo cuando alguna característica que posee en común con otros actores es definida como importante y sobresaliente. Cuando un grupo adquiere una identidad colectiva, adquiere también una consciencia, es decir, marcos o esquema cognitivos que

definen las metas, los medios y el ambiente en el que se mueve el movimiento social. Finalmente, una identidad colectiva se construye siempre por referencia a un orden dominante.

Verta Taylor y Nancy Whittier (1992) consideran que a estos tres elementos de la identidad colectiva les falta un nivel de análisis que describa y explique cómo los actores construyen estas identidades colectivas. Para estas autoras, las identidades sociales, son creadas y recreadas constantemente a través del despliegue y la interacción gobernada por un comportamiento modelado según los valores normativos dominantes, que son percibidos como naturales y normales. Para estas autoras, son tres los procesos centrales en esta creación de las identidades: la construcción de fronteras, la conciencia y la negociación.

Las fronteras marcan territorios sociales entre los grupos. Las fronteras se crean mediante la distinción de la diferencia entre los activistas y los simpatizantes del movimiento social y los que pertenecen al mundo social que se intenta subvertir. Normalmente son los grupos sociales dominantes, los que crean fronteras que los distinguen a ellos como un grupo hegemónico aparte de los grupos dominados. Sin embargo, los grupos dominados pueden empezar a construir sus propias fronteras, utilizando incluso las mismas categorías con que la clase dominante los ha estigmatizado. La construcción de fronteras entre los dominados tiene como función, no sólo el diferenciarse del grupo dominante, sino también resaltar las similitudes que existen entre los miembros del grupo. La construcción de una identidad entre los grupos dominados normalmente conduce a una tendencia a separarse por completo de los valores y estructuras de significado de la cultura dominantes, afirmando de esta manera valores y estructuras alternativas. El concepto de fronteras tiene ciertas ventajas en la definición de la identidad de los actores. En primer lugar, evita la reificación de las características que están en la base de la clasificación identificatoria del discurso dominante. Se puede mostrar que las fronteras que designan una identidad, no son esenciales, naturales, sino socialmente construidas.

En segundo lugar, señala el hecho de que la identidad del movimiento no se construye a partir de un único factor, sino mediante la articulación de múltiples sistemas de dominación. Dos procesos pueden citarse como ejemplos en la construcción de fronteras para crear una identidad colectiva: la creación de instituciones separadas (instituciones, sobre todo, de reproducción social) y la creación de una cultura distintiva. Así pues, mantener una identidad antagonista depende de la creación de un mundo separado de la sociedad dominante.

Si las fronteras permiten colocar a una persona dentro o fuera de un grupo, es la conciencia de grupo la que da un significado al grupo. El concepto

de conciencia se refiere a marcos o esquemas interpretativos que emergen de la lucha que sostiene el grupo y que definen los intereses de los miembros del grupo, en oposición a los intereses del orden dominante. Un descontento social solo se puede convertir en descontento político si es atribuido a causas estructurales o sistémicas.

La conciencia es un proceso continuo mediante el cual los grupos se evalúan a sí mismos, evalúan sus experiencias subjetivas, oportunidades e intereses compartidos. La conciencia se expresa y socializa a través de medios de comunicación, escritos o audiovisuales, pero sobre todo a través de las prácticas de la vida cotidiana. La conciencia otorga a los miembros del grupo dominado una explicación de la estructura social dominante y del lugar que ocupan en esa estructura social. La conciencia proporciona de esta manera, un autoentendimiento de las posibilidades de movilización, de las direcciones de esa movilización y los tipos de acción que se pueden instrumentar para subvertir el orden dominante.

Por *negociación* se entiende los procesos que aparecen en las interacciones de la vida cotidiana que contribuyen a la creación y recreación de las identidades sociales. Este proceso puede ocurrir tanto para el mantenimiento de las identidades, definidas desde las clases dominantes, como para reforzar las identidades que construyen las clases dominadas. A este proceso se le puede definir como una política de identidad mediante la cual se da un empoderamiento y una autotransformación de las personas. La negociación designa una actividad política de formación de identidad que se distingue de las tácticas y estrategias generalizadas de carácter público que se despliegan en la acción colectiva. Dos tipos de negociación son importantes para considerar: en primer lugar, los grupos negocian maneras de pensar y actuar en escenarios privados con otros miembros de la colectividad. En segundo lugar, las negociaciones de identidad pueden hacerse explícitas intentando liberar al grupo de las representaciones dominantes que se hacen acerca del grupo dominado, o de manera implícita, mediante el despliegue de símbolos que minan el *status quo*.

MARCO DE GÉNERO

Desde la perspectiva del modelo de los marcos del discurso, la identidad es un proceso simbólico de identificación-diferenciación que los seres humanos construyen en torno a un marco o *frame* de referencia: territorio, grupo, clase social, etnia, cultura, género, religión, edad, política (Chihu, 2002: 246). En este sentido, el Yo (*self*) de un actor se compone de múltiples identidades: de grupo, de clase, étnica, cultural, de género, religiosa, generacional, política. La identi-

dad es el conjunto de representaciones que los individuos tienen de sí mismos y de los otros en relación al lugar que se ocupa en el espacio social.

La *identidad colectiva* constituye una colectividad de individuos que se ven a sí mismos como semejantes. La *identidad de grupo* es el producto de una definición colectiva interna, resultado de la identificación de similitudes y de diferencias que llevan a cabo los actores a través de las relaciones que crean con otros actores significativos. Pero, al mismo tiempo que se forma una identidad de grupo se crea un proceso de identificación de los que no pertenecen al grupo; es decir, se da un proceso de categorización social. Se trata de la definición que se hace de los otros. La identidad colectiva como la autodefinition compartida de un grupo deriva de intereses, experiencias y solidaridad entre los miembros de esa colectividad. Los individuos se identifican como parte de un grupo cuando alguna característica en común con otros actores es definida como importante y sobresaliente; esto quiere decir que hay de por medio marcos, esquemas cognitivos que definen las metas y valores del grupo. En este proceso de construcción de identidad, las colectividades establecen fronteras que demarcan territorios. Estas fronteras se crean poniendo de relieve las diferencias entre el mundo propio y el ajeno. Normalmente son los grupos sociales dominantes los que crean las fronteras que los distinguen de los grupos dominados. No obstante, en respuesta, los grupos dominados empiezan a construir sus propias fronteras, oponiéndose a las categorías con que la clase dominante los ha estigmatizado. La construcción de una identidad en los grupos dominados conduce a la tendencia de distanciarse de los valores y estructuras de significado de la cultura dominante, afirmando valores y estructuras alternativas. A partir de la identificación de los límites de estas fronteras, los miembros de un grupo pueden concientizar las diferencias, desigualdades e injusticias. La identidad de los sujetos se constituye en parte por el arraigo a una localidad, a un territorio en donde cotidianamente se realizan prácticas y costumbres, las cuales a su vez le adjudican a ese lugar particular, su particular distinción. Más allá de la definición geográfica de localidad como un conjunto de coordenadas que definen en un mapa una porción de territorio, nos encontramos con la noción de localidad como un espacio que solo existe en la medida en que se le puede distinguir como algo único y separado mediante el establecimiento de fronteras que permiten definir quiénes pertenecen a el lugar (y obtienen una identidad positiva) y quiénes deben ser excluidos (y obtienen una identidad negativa).

La noción de lugar indica que la distinción entre espacios no reside en su distribución dentro de un territorio físico, sino en la manera en que se llevan a cabo distintas prácticas dentro de cada espacio. La consecuencia más

importante es que, dentro de un mismo territorio físico pueden construirse diferentes lugares, en la medida en que en ellos los diferentes actores realizan diferentes prácticas estableciendo así diferentes tipos de fronteras, y por lo mismo diferentes identidades. Esta construcción de lugares resulta importante para la constitución de las identidades de género. En primer lugar, porque mediante la definición de lugares distintivos ocupados por hombres y por mujeres, se ha hecho de la masculinidad el centro del poder, de la razón, de la cultura y de la fuerza; y de la femineidad el centro de la sumisión y de la debilidad. En segundo lugar, porque se han construido nuevas definiciones de los lugares que dan paso a una reconfiguración de las identidades de género. La división espacial entre lo público y lo privado, entre interior y exterior, desempeña un papel central en la construcción social de las divisiones de género. La idea de que las mujeres tienen un lugar particular es la base de un amplio rango de instituciones: desde la familia hasta el lugar de trabajo; desde la plaza comercial hasta las instituciones políticas.

El interés por estudiar el género proviene del movimiento feminista que ha tenido como objetivo demostrar la diferenciación sexual como un principio organizador clave. En esta tarea, la noción de *género* es central. El presupuesto de que existe una diferencia categórica entre hombres y mujeres se encuentra profundamente arraigado en las interacciones cotidianas y en toda una concepción del mundo. La naturalidad de las relaciones entre los hombres y las mujeres proviene del hecho de que el criterio de diferenciación utilizado es un aspecto fisiológico. En consecuencia, la subversión de esa desigualdad pasaba por el camino de mostrar que las divisiones de género no provenían de una diferencia fisiológica, sino de una diferencia social y cultural. La construcción social del género y su socialización son el producto de la combinación de relaciones sociales materiales y representaciones simbólicas de la distinción entre lo masculino y lo femenino. Uno de los discursos que tienen más peso en la conformación de la identidad de género es el que se funda en la división espacial entre lo público y lo privado. De acuerdo con este discurso, lo público es el lugar propio de los hombres mientras que lo privado es el lugar propio de las mujeres. Esta división espacial ha contribuido a configurar las identidades de género.

La confinación de las mujeres al hogar ha sido el producto histórico de la progresiva industrialización. En efecto, a consecuencia de la industrialización, el espacio urbano quedó dividido entre el espacio de lo doméstico y el espacio del trabajo asalariado. La mujer fue limitada al trabajo doméstico y al cuidado de los niños y esta reducción empezó a definir una serie de valores asociados al hogar. Esta ideología se vio minada debido al surgimiento del empleo femenino

fuera del hogar, subvirtiendo lo que nutría a la identidad femenina con respecto al espacio doméstico. La segregación ocupacional entre mujeres y hombres se explica en referencia a los modos en que rasgos y características específicas de género son atribuidos a los hombres y a las mujeres a través del trabajo que realizan. Los trabajos así son construidos en función de prácticas sociales acordes a la presencia de rasgos considerados masculinos y femeninos, y así puede verse en los trabajos más característicos de la era industrial: el obrero y la secretaria. Pero los cambios recientes en los procesos productivos nos definen una situación en la que el trabajo no tiene incorporado un código de género exclusivo. Presenciamos así luchas y competencias por asignar a determinados trabajos un código de género en el que el trabajo ya no es algo propio de los hombres o algo propio de las mujeres.

Uno de los mecanismos esenciales por los que las instituciones sociales producen emisores legítimos de los mensajes de las instituciones son los ritos de institución. Mediante estos ritos se produce el fenómeno de la delegación, es decir, un agente es reconocido como el representante legítimo de una institución, el cual, a través de sus palabras hace intervenir sobre el espacio social todo el poder acumulado, en términos de capital, por esa institución. En la opinión de Bourdieu (1991: 117, 126), en el análisis de los ritos de pasaje (estudiados por Van Gennep, y Víctor Turner) se ha dejado de lado uno de los efectos esenciales de los ritos: el de producir una separación entre aquellos que lo han sufrido y aquellos que aún no lo han experimentado e, incluso más allá: aquellos que no lo experimentarán nunca. Así, los ritos de pasaje son, para Bourdieu, ritos de consagración, ritos de legitimación o ritos de institución. Un primer rasgo de los ritos de institución es que consagran o legitiman una frontera arbitraria. Los ritos de institución llevan a cabo una transformación, el paso de un *status* o situación a otra. Mediante este pasaje, lo primero que queda establecido, para quienes observan el rito, es la existencia de una línea que establece una división fundamental dentro del orden social. En su aspecto más básico, mediante esa línea se institucionaliza una diferencia. A partir del rito ya no existe una mera diferencia de hecho (por ejemplo, la diferencia entre los hombres y las mujeres) sino que existe una distinción legítima (por ejemplo, entre el mundo de lo masculino y el mundo de lo femenino). Por ello la institucionalización es también una consagración. El rito sanciona y santifica una diferencia. Al nivel del agente ello se expresa como *investidura*. Los ritos de institución son uno de los mecanismos mediante los cuales los grupos sociales dominantes (las aristocracias) tratan de mantener su posición. El rito hace natural la diferencia, la vuelve una segunda naturaleza a través de la inculcación y la incorporación de un *habitus*.

MARCOS ENCARNADOS

El concepto de marco como esquema interpretativo es la conceptualización más conocida en las ciencias sociales y humanidades. No obstante, el proceso de construcción de significado involucra no solo a la mente, sino también al ámbito del lenguaje y la conducta. En este sentido, el concepto tradicional de *marco* como *esquema cognitivo* se encuentra limitado a los procesos de la mente. Por lo tanto, es necesario ampliar el concepto en una síntesis integral que abarque la mente, el lenguaje y la conducta. En consecuencia, es necesario definir a un marco como una estructura cognitiva, afectiva y valorativa, que nos permite pensar, hablar y actuar en la vida cotidiana.

Los marcos o *frames* constituyen estructuras de la imaginación, ancladas en la mente y objetivadas en la realidad, funcionan como patrones de percepción que los seres humanos sitúan en relación a un objeto, a problemas políticos, acontecimientos o a otros actores. Un *frame* o marco es proteiforme, al igual que la figura mitológica de Proteo, existen marcos del pensamiento o de la mente, marcos del lenguaje o de la comunicación y marcos encarnados o de comportamiento. Tres tipos de marcos que forman parte de un mismo proceso: *framing* mental cognitivo), *framing* comunicativo (textual) y *framing* de conducta (comportamiento).

Los marcos son tridimensionales. Primero, a nivel cognitivo, como marcos de pensamiento; segundo, como marcos comunicativos; y tercero, como prácticas sociales. Los marcos cognitivos son imágenes, predisposiciones, a un determinado tipo particular de actividad, que nos permiten percibir e interpretar estímulos. Los marcos de lenguaje son textos (verbales, visuales y sonoros) comunicativos o discursivos, marcos semánticos o formas lingüísticas que evocan o activan marcos de conocimiento. Los marcos de conducta, son las actitudes, predisposiciones o tendencias de las personas a actuar en respuesta a estímulos en determinadas condiciones. Entendido en este sentido, el concepto de marco realiza una síntesis integradora de lo que las distintas disciplinas han estudiado como esquemas de pensamiento, *frames* de lenguaje y *habitus* de prácticas sociales.

Se trata así de tres tipos de marcos (del pensamiento, del lenguaje y encarnados), entidades diferentes que se encuentra en el proceso del *framing*, o construcción de significado a través de *frames* o marcos. Este proceso de construcción, comunicación y actuación de marcos ha sido frecuentemente analizado en distintas disciplinas. Por ejemplo, en la psicología, Piaget (1970) demostró que los *schemas* mentales se objetivan en esquemas de acción. Asimismo, en la sociología, por un lado, Goffman (1974) analizó la objetivación de los *frames* en marcos de la experiencia, mientras que Bourdieu (1977) estudió cómo los *habitus* se objetivan en prácticas sociales.

Para el análisis del movimiento feminista, propongo los conceptos de *marcos* y *símbolos encarnados*, que ya se encuentran prefigurados en Bourdieu, pero también en el análisis de Martha Nussbaum con relación al significado de las emociones como juicios de valor. Para esta filósofa, las emociones no son fuerzas incontrolables. Si concebimos las emociones como impulsos irracionales, la única manera de tener control sobre ellas sería suprimiéndolas. No obstante, si las definimos como marcos (estructuras cognitivas, afectivas, valorativas), las abordaremos como fuerzas susceptibles de modificar. Para Nussbaum, las emociones tienen un carácter *eudaimonista*. Las emociones nos indican el lugar de importancia que otorgamos a los objetos físicos y sociales, de acuerdo a nuestros marcos como esquemas mentales, ideas, creencias y concepciones del mundo. De manera que el concepto de marcos y símbolos encarnados, nos indica que, las emociones constituyen valores encarnados y que las emociones, además de individuales y privadas, son colectivas y públicas.

CONCLUSIONES

La teoría de los marcos del discurso, permite el análisis y la interpretación acerca de cómo los movimientos sociales construyen una visión que provee significado y motivos para la acción colectiva. El modelo parte de la premisa de que la realidad es creada simbólicamente y, que al igual que los hechos materiales y sociales, los hechos simbólicos existen. A través de discursos, conversaciones, discusiones, mensajes, las personas construyen una visión de la realidad colectiva compartida que ordena sus concepciones del mundo.

La teoría de los marcos del discurso parte de la siguiente premisa: las personas se identifican con varios mundos sociales (grupos de referencia), y a través de la comunicación socializan los marcos simbólicos culturales, y usan estos marcos para definir e interpretar las situaciones que se encuentran cotidianamente. Los individuos no perciben la realidad directamente, sino a través de los marcos, que son adquiridos al interior de los grupos sociales. Las palabras son símbolos, pero también los objetos físicos, y más aún, las acciones de los actores pueden adquirir el estatus de símbolos. De una manera más general, un objeto o una acción, adquieren el carácter de simbólicos, porque los actores que los observan perciben que representan algo más de lo que son. El símbolo supone entonces, la actividad de interpretación. En la medida en que, el significado de un símbolo es convencional (producto del acuerdo al interior de un grupo social), el acto de interpretación consiste en ubicar el significado correcto de un símbolo de acuerdo con el sistema de significados propio del grupo social donde ocurre la acción.

Las personas actúan frente a la realidad a través de la percepción que tienen de esta. Sin embargo, esa percepción no es directa sino mediada por marcos construidos socialmente. Cuando un actor se encuentra en presencia de otro actor, la interacción depende de la interpretación de los símbolos comunicados. El lenguaje es el sistema simbólico más desarrollado que poseen los seres humanos, las palabras, no tienen otro uso que el de servir como símbolos, es decir como representaciones de objetos o acciones. Mediante el lenguaje, los marcos son expresados y con ellos definimos a la realidad, es decir, percibimos, categorizamos y clasificamos, una serie de objetos físicos, sociales y abstractos.

Al analizar el *frame* de género, propongo el concepto de marcos encarnados. En un sentido amplio, el término mente encarnada permite definir el anclaje de ciertos valores y disposiciones sociales en y a través del cuerpo humano. En la sociedad mexicana, podemos observar una serie de prácticas sociales en las que el concepto mente encarnada puede aplicarse. Primero, como prácticas que tienen que ver con el fortalecimiento y el empoderamiento de los cuerpos tanto de los hombres como de las mujeres. Y segundo, como principios sociales que son promulgados y encarnados tanto en los hombres como en las mujeres. Las luchas feministas constituyen un ejemplo claro de cómo un movimiento combina una demanda política (la inclusión y los derechos de una categoría social excluida) con una lucha social (la afirmación de una diferencia: la femenina, que desafía la lógica patriarcal del sistema). El movimiento feminista ha evidenciado el surgimiento de un nuevo tipo de conflicto social y político. Las mujeres han construido nuevos marcos de significación y definiciones de identidad colectiva. Este movimiento revela un conflicto en relación a los códigos y los lenguajes que norman los principios de las relaciones sociales. El conflicto se desarrolla fundamentalmente sobre un terreno simbólico, desafiando los símbolos encarnados dominantes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bourdieu, Pierre [1972] (1977). *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bourdieu, Pierre (1991). *Language and Symbolic Power*. Cambridge: Harvard University Press.
- Chihu Amparán, Aquiles (1999). “Estrategias simbólicas y marcos para la acción colectiva”. *Polis 99, Anuario de Sociología*: 41-65.
- Chihu Amparán, Aquiles (coord.) (2002). *Sociología de la identidad*. México: Miguel Ángel Porrúa-UAM-Iztapalapa.
- Chihu Amparán, Aquiles (2006). “La marcha del color de la tierra: un análisis de los marcos del discurso del EZLN”. En Aquiles Chihu Amparán (coord.), *El análisis de los marcos en la sociología de los movimientos sociales*. México: Miguel Ángel Porrúa-UAM-Iztapalapa, pp. 189-214.

- Chihu Amparán, Aquiles (2007). “Marcos interpretativos, identidad e imaginario en el mexican movement”. *Región y Sociedad*, XIX(38): 51-76.
- Chihu Amparán, Aquiles (2010). “El framing audiovisual del spot político”. *Cultura y Representaciones Sociales. Revista electrónica de Ciencias Sociales* 5(9): 174-197.
- Chihu Amparán, Aquiles (2013). “Earth’s Color March”. En *Encyclopedia of Social and Political Movements*, vol. I: A-E. Hoboken: Wiley-Blackwell, pp. 381-382.
- Chihu Amparán, Aquiles (2014). “El framing del antagonista en los debates presidenciales: México 2012”. *Polis, Anuario de Sociología*: 109-132.
- Chihu Amparán, Aquiles (2016). “Marcos de acción colectiva en el movimiento de El Barzón”. *Región y Sociedad* XXVIII(66): 321-337.
- Chihu Amparán, Aquiles (2018). “Frames del discurso público en la arena política del 68”. *Polis, Anuario de Sociología*: 81-105.
- Chihu Amparán, Aquiles (2021). “Teoría de los marcos del discurso en los spots de López Obrador en 2018”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, Nueva Época* LXV(241) enero-abril: 405-427. DOI: <http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2020.241.6790>.
- Cohen, Jean L. (1985). “Estrategia o identidad: nuevos paradigmas teóricos y movimientos sociales contemporáneos”. *Movimientos sociales* 52(4) (Invierno): 663-716.
- Gamson, William (1995). “Constructing social protest”. *Social movements and culture* (4): 85-106.
- Goffman, Erving (1974). *Frame Analysis: An Essay on the Organization of Experience*. Londres: Harper and Row.
- Hunt, Scott, Robert Benford y David Snow [1994] (2006). “Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos”. En Aquiles Chihu Amparán (coord.), *El análisis de los marcos en la sociología de los movimientos sociales*. México: Miguel Ángel Porrúa-UAM-Iztapalapa, pp. 155-188.
- McAdam, Doug (1982). *Political process and the development of black insurgency, 1890-1970*. Chicago: University of Chicago Press.
- McCarthy, John y Mayer Zald (1977). “Resource mobilization and social movements: A partial theory”. *American journal of sociology* 82(6): 1212-1241.
- Melucci, Alberto (1985). “The symbolic challenge of contemporary movements”. *Social research* 52(4): 789-816.
- Melucci, Alberto (1989). *Nomads of the present*. Londres: Hutchinson Radius.
- Melucci, Alberto, (1995). “The Process of Collective Identity”. En Hank Johnston y Bert Klendermans (eds.), *Social Movements and Culture*. Minneapolis: University of Minnesota Press, pp. 41-63.
- Melucci, Alberto (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: El Colegio de México.
- Offe, Claus (1985). “New Social Movements: Changing Boundaries of the Political”. *Social Research* 52(4): 817-868.
- Piaget, Jean (1970). *Structuralism*. Nueva York: Basic Books.
- Piven, Frances y Richard Cloward (2012). *Poor people’s movements: Why they succeed, how they fail*. Nueva York: Pantheon.
- Snow, David y Robert Benford [1988] (2006). “Ideología, resonancia de marcos y movilización de los participantes”. En Aquiles Chihu Amparán (coord.), *El análisis de los marcos en la sociología de los movimientos sociales*. México: Miguel Ángel Porrúa-UAM-Iztapalapa, pp. 83-117.
- Snow, David, Burke Rochford, Steven Worden y Robert Benford [1986] (2006). “Procesos de alineamiento de marcos, micromovilización y participación en movimientos”. En

- Aquiles Chihu Amparán (coord.), *El análisis de los marcos en la sociología de los movimientos sociales*. México: Miguel Ángel Porrúa-UAM-Iztapalapa, pp. 31-82.
- Taylor, Verta y Nancy E. Whittier (1992). "Collective Identity in Social Movement". En Aldon Morris y Carol McClurg Mueller (eds.), *Frontiers in social movement theory*. New Haven: Yale University Press, pp. 104-129.
- Touraine, Alain (1977). *The Self-Production of Society*. Chicago: University of Chicago Press.
- Touraine, Alain (1995). *Producción de la sociedad*. México: UNAM, IIS-IFAL-Embajada de Francia.
- Turner, Ralph y Lewis Killiam [1957] (1987). *Collective Behavior*. Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall.

Fecha de recepción: 5 de febrero 2021

Fecha de aceptación: 15 de abril 2021